

Escogió un lugar adecuado y se envolvió totalmente en una especie de nido alargado. Luego se durmió profundamente.

Tuvo sueños en que los colores más vivos pasaban ante sus ojos en mil formas diferentes. Todas las tonalidades que habían quedado retratadas en sus ojillos de larva, antes de sumirse en ese largo y profundo sueño. Y así fue ocurriendo la primera transformación. Su cuerpecillo cambió poco a poco en formas y colores como los que veía en sueños.

Cierto día, algo la hizo sentir que ya era hora de despertar. Sus movimientos eran muy pausados cuando salió de su nido cerrado. Sentía el cuerpo como entumecido. Toda esa lentitud parecía también parte del sueño, hasta que los rayos suaves del sol mañanero le dieron nueva fuerza y entonces desplegó dos alas de brillante color amarillo.

Aleteó suavemente, mientras frotaba sus patitas entumecidas. Caminó muy despacio por la rama de veranera, abandonando para siempre el nido alargado que había fabricado cuando era oruga.

Sintió un extraño deseo de flotar.

Una abeja detuvo su vuelo para admirarla.

– Pareces la reina de las mariposas.

– Eso mismo opinamos nosotras, dijeron dos rosas blancas que estaban cerca.

Una ciempiés que subía en ese momento por la misma rama, comentó:

– ¡Es una lástima que la belleza de una mariposa dure tan poco como la de las flores!

Una oruga trasformada en mariposa amarilla miró a su alrededor. El jardín florecido salpicaba el verde del césped y las ramas con infinidad de colores que el sol brillantaba.

Sin saber cómo, se vio de pronto en el aire. ¿Era la brisa quien la sostenía? Aleteó y se elevó un poco. Era una sensación